
Nuestro Santo Sudario

Ya sé lo que me vas a decir; que los médicos estudiaron como 20 años antes de pasar día y noche con ella durante dos meses; que la Caro en los últimos 60 días no durmió mas de 2 horas seguidas, pegada a ella; y que si me pongo espiritual, los viejos se gastaron 10 rosarios rezando hasta caer dormidos de cansancio.

Pero dale, dejáme con mi locura, para que vuelva contento a casa nomás, si vos en el fondo, un poquito no me vas a negar que también lo crees. No me costó nada convencerte de hacerlo, en silencio, como cosa nuestra, sin que se entere nadie, sin nada que perder.

Vos mejor que nadie sabes de la magia que tiene, que no es un chamuyo, no es un mito urbano, hasta fuiste testigo protagonista de la culminación de su forjado.

Y pensar que aquella vez tuve que rogarle toda la semana al viejo para que me la diera.

— ¡No jodás!— me decía— es imposible y va a perder “efectividad”.

¡Efectividad!, decí que con estas cosas viene de familia el tema y nos ponemos porfiados.

— ¡De que te sirve si elegís solamente los partidos ganables, Viejo!— le decía... casi que le gritaba, supongo que con la cara colorada y escupiendo saliva de la indignación.

Le gané por cansancio y accedió a dármele. Me acuerdo como si hubiese sido hace un rato. Lo seguí a la pieza en penumbras, pisándole los talones, literalmente.

— ¡Para un poco loco! Me vas a romper los tobillos. —me paré en seco y levanté las manos mostrándole las palmas, como diciendo “¡Listo jefe, haga tranquilo que me quedo acá quietito!” , no quería poner en riesgo la decisión que había tomado de dármele.

Abrió el último cajón de la cómoda y la empezó a desenvolver.

Sé que con el tiempo, los recuerdos tienden a magnificarse, pero te juro, que en ese momento, escuché un Do, largo, ejecutado por un órgano de iglesia; la habitación en semipenumbra se iluminó de repente por un resplandor celestial, y el tipo, mientras me la alcanzaba sujetada entre el pulgar y el índice, se movía en cámara lenta.

Si, la de Piqué, con su azul devenido a gris, el amarillo teñido a una especie de naranja, vaya a saber con que otra ropa la había lavado la vieja y agarró ese color entre rojo y marrón caqui. Cuando la tome entre las manos lo sentí, el peso de mil batallas ganadas.

Si la memoria no me juega una mala pasada, creo que hasta me salió un hilito de sangre de la nariz, se me vinieron a la cabeza, todos juntos, los partidos que el viejo nos había contado, desde cuando durmió toda la noche con la de Piqué puesta, y al otro día viajó a la cancha de River a presenciar esa palomita que hoy todavía vuela, hasta la tarde que festejamos juntos un nuevo campeonato en la cancha de Temperley, y todas las epopeyas futboleras que hubo en el medio con esa bendita camiseta, infalible.

—Cuidala mucho hijo. —me dijo seriamente.

Vos te la perdiste, pero la solemnidad que le puso a esa entrega de camiseta es difícil de encontrarle comparación.

Estábamos relocos ese día, ¡bah!, todos estaban relocos, aunque, nuestra locura era un poquito diferente, creo que todos iban a festejar ser hinchas de Central nomás, nosotros, sabíamos que con la de piqué de nuestro lado nunca se sabe, tal vez, hasta podíamos dar vuelta el 0-4...

No me voy a poner a recordarte ese partido, ya lo hablamos, lo contamos, lo volvimos a hablar y lo volvimos a contar hasta el cansancio. Del festejo te quiero hacer acordar.

Todavía siento el olor de la gramilla de cuando besé el campo; del gusto salado, mitad transpiración, mitad lágrimas; los ruidos ensordecedores, ¿te acordás la explosión después que el Polilla metió el último penal?

Saltamos el alambrado, ya la policía no intentaba contener a nadie, te había perdido, corríamos desaforados para cualquier lado buscando a nadie y buscando a todos a la vez. En un momento te volví a ver y fui a abrazarte por enésima vez, un grupete de canayas, borrachos de alegría y emoción nos envolvió, y en el medio, estaba Él... ¡mira vos!, parece que lo estoy mirando ahora mismo, petisito, morochito, solo con el shorcito puesto irradiaba esa felicidad de quienes están tocando el cielo con las manos, la sonrisa grabada a fuego le marcaba los hoyuelos en las mejillas, ¡inolvidable!

Me miró, justo cuando me viniste a abrazar, Él también nos abrazó, ¡Por Dios!... tardamos semanas en caer. Lo que me acuerdo, es que Él siguió corriendo, festejando hasta que se lo llevaron en andas. Bajé la vista, la remera de Piqué, ahora estaba empapada de la transpiración de ni más ni menos que del Negro Palma.

Si, cuando te volví a mirar ya te habías dado cuenta de lo que realmente se había forjado.

Esa camiseta, ahora cargaba además con el milagro de dar vuelta un 0-4 en una final internacional contra los brasileros; cargaba con mis lágrimas; con tus lágrimas; y con el balsámico sudor del Negro.

Esa desvencijada camiseta, dejó de ser la gloriosa remera "cábala" de Piqué del viejo, se había transformado en un especie de reactor nuclear en post de las epopeyas a favor de las causas perdidas.

Hicimos bien en hacer esa especie de pacto de silencio, a partir de esa noche, dejó de ser solo un infalible salvavidas que cubría nuestro mundo futbolero, había trascendido a casi todos los ámbitos de la vida. ¡Ojo!, tampoco es que te va a ganar una elección a presidente de la Nación, ¡bah!..., que se yo, tampoco nunca vino ningún candidato a pedírnosla, nunca se sabe.

¿Te acordás esa Tarde que el primo Adrián vino con la cara por el suelo?, creo que ese día era la décima vez que rendía esa materia... si la aprobaba, se recibía de odontólogo, si lo bochaban, tenía que recurrar la materia. No se tenía fe para nada, "se menos que la última vez", creo que dijo. Cruzamos una mirada y lo llevamos a la habitación.

—Escuchá bien Adrián. — le dijiste mientras le dabas la bolsita con la camiseta adentro.-llevala, si te la ponés, mucho mejor.

El boludo de Adrián se empezó a reír, al darse cuenta que nosotros no movíamos un músculo de la cara se puso serio.

—No me vengan con boludeces chicos, ¿qué carajo es esto?, ¿una remera vieja con olor a chivo?— más que el escepticismo, me jodió ese tonito de “*vengan a vivir al mundo real*” que puso.

Vos seguiste inmutable, yo me indigné, me levanté y estaba a punto de echarlo a la mierda a Adrián, me pusiste la palma de la mano en el pecho.

—La última vez que te la ofrecemos. —le dijiste.

La sacó de la bolsita y para mi algo sintió, cambió completamente el semblante de la cara y fue el “*gracias*” más sincero que escuché en mi vida. Un 9 le pusieron, y nosotros ganamos servicio odontológico gratis de por vida.

Y no hace falta que te recuerde ese 21 de septiembre del 2002.

En tu grupo de amigos, la Caro, parecía que nunca te iba a dar bola, y mira que venías laburando duro y parejo ahí... estabas enamorado hasta las manos. Te vi desarmado esa tarde, tirado en el sillón, antes de ir al baile de primavera.

—Negro, ponétela abajo de la camisa— te dije.— Se te da hoy, o no se te da nunca, llevála — levantaste las cejas mientras afirmabas con la cabeza, como diciendo, *¿Cómo carajo no se me ocurrió antes?*

Nunca me diste detalles de esa noche, me contaste la versión light supongo, pero al otro día, si buscaba la definición de felicidad en el diccionario, seguro aparecía tu cara. No tengo dudas que fue tu esfuerzo y lo maravilloso tipo que sos, pero, se te dió recién cuando tuviste la de Piqué puesta.

¿Y cuando la tía Raquel fue al banco a pedir el crédito para la pollería? Le tendríamos que haber dicho que la colamos en el fondo de la cartera. Si no fuese azul y amarilla, iba a parar a un tacho de basura seguro. Estaba tan contenta cuando salió del banco que lo relacionó con una manifestación divina, hasta que le dijimos que la habíamos puesto nosotros.

Algún día vamos a tener que escribir una especie de bitácora de hazañas de “la de Piqué”, y esta última va a tener un lugar preferencial.

Cuando te lo propuse estabas mal, estábamos todos mal, si me pegabas un sopapo, bien merecido lo tenía y no te volvía a mencionar el tema. Tu suave: “*Dejáte de joder Nacho*” me dio la puntita para insistir un poco más.

—No es nada Negro, no tenés que hacer nada, dame tu permiso nomás. — te quedaste en silencio mirando un punto fijo.

O está pensando una puteada para rajarme; o está calculando la distancia para ponerme un gancho en la mandíbula; o está viendo la posibilidad de darme un poco de bola, pensaba cuál de las tres posibilidades estabas considerando.

—Lo único que siento es impotencia Negro, vos podés pasar, hablarle, cantarle, acariciarla. Yo me tengo que limitar a mirarla a través de un vidrio nomás, dejáme hacer esto. — nuevo silencio, mirando ese maldito punto fijo.

Lo que dijiste después me hizo pensar que te estabas volviendo loco.

— ¿Te acordás del matambre relleno que hizo el viejo para navidad?

— ¿Qué?, ¿qué tiene que ver?, ¿te sentís bien?, ¿querés que busque un doctor?

— ¿Te acordás o no boludo? , ¿Cómo lo hizo?—ante tu solemnidad no te quise contrariar.

—Sí, capa de matambre abajo, queso, jamón, zanahoria, Morrón, arvejas, otro matambre arriba, cosió los matambres y al horno.

—Si, tal cual, usá las dos mantillas que le tejió la vieja.

¡Ahí caí!, ¡Excelente idea camuflarla así!, La asepsia en ese lugar no se negocia por nada, y si bien iba a estar exactamente igual de limpia que el resto de su ropita, no tiene la mejor de las pintas y seguramente no pasaba el filtro de una bienintencionada doctora amante de la estética y acérrima enemiga de las bacterias.

—¡Ha!, y queda entre nosotros.— me aclaraste —¡Gracias!, te quiero mucho Nacho.— y vino el sopapito nomás, con la palma abierta en la mejilla, un poquito más fuerte de lo que suelen ser los golpes fraternales.

¿Cuántos días fuleros que tuvo, eh?, ¿conocimos lo que es tener miedo en serio, no?, pero bueno, dicen que si no fuese por las noches frías y tormentosas, no sabríamos apreciar la magnificencia de las noches cálidas de paz, como la del baile de primavera, que aunque ustedes no lo sabían, empezaste a formar tu familia con Caro.

Volviendo al tema, coincidencia o no, fue un punto de inflexión.

A través del vidrio de neonatología, te vi envolverla en ese sándwich de amor de abuela con extracto de esencia concentrada canaya en el medio.

Solo diez días después, la estamos viendo a Caro salir con esa belleza en los brazos. La doctora nos comenta que en sus 25 años en el sanatorio jamás vió una recuperación así.

En la sala de espera, los más científicos hablan de las ganas de vivir del cuerpo humano; de las maravillas de la ciencia y la profesionalidad del cuerpo médico del sanatorio, tienen mucha razón.

Los más teológicos, hablan de los milagros de dios; la bendición del padre Ignacio y me pareció inclusive escuchar algo del karma o flujos de energía, igual de razón tienen quizás.

Yo te miro, y como te dije hace un rato, ya se lo que me vas a decir... por favor, déjame con mi locura.

Ojalá que no, pero quizás en algún momento se la pida prestada un ratito. Ahora, mantenela cerquita de mi sobrina. Que aprenda a amar a Central con el corazón y el alma, como lo hacemos nosotros, ahora es toda de ella, se la merece más que nadie.